

## La Gioconda

Silvia Settala, aparece sobre el umbral, viniendo del interior; se detiene, da algunos pasos hacia las vidrieras, mira la lontananza y después, en torno de sí, con ojos infinitamente tristes. Falta en sus movimientos alguna cosa que suscita alguna imagen vaga de alas cortadas, que da el sentimiento vago de una fuerza humillada, de una nobleza envilecida, de una armonía rota. Viste un traje ceniciento, por cuyo extremo corre una orla negra, como un hilo de luto. Las largas mangas le esconden los muñones que ella extiende a los flancos, y a veces apoya contra los senos como para esconderlos en los pliegues, en un movimiento doloroso de pudor. Fuera, entre los altos laureles, aparece una figura femenina—**LASIRENETTA**,—que semeja una hada y una pordiosera, en acción de espiar. Se insinúa hacia las vidrieras con paso furtivo, recogiendo con una mano el extremo de su delantal, relleno de algas, de conchas y de estrellas marinas.

**SILVIA**

*(Reconociéndola y yendo a su encuentro, con una imprevista sonrisa espontánea.)*  
¡Oh, la Sirenetta! ¡Ven acá, ven acá!

**LA SIRENETTA**

*(Avanzando hacia los cristales. ¿Me reconoce?)*  
Permanece fuera, de modo que su figura aparezca tras la lucidez de los cristales, los

cuales parecen continuar en torno de ella, el trémulo brillo rumoroso e incesante de las aguas. Es joven, sutil, flexible. Tiene los cabellos fulvos y enmarañados; el rostro de un color de oro oleoso, los dientes blancos, los ojos húmedos y glaucos, el cuello ágil y largo, orlado de un collar de conchas; y en toda su figura, algo indeciblemente fresco y móvil, que hace pensar en una criatura impregnada en sales marinas, emergente de la movilidad de los flujos, salida de los escondrijos de un escollo. Su falda de lino blanco y turquí, lavada y descolorida, descende poco más abajo de las rodillas, dejando al descubierto las piernas desnudas. Su delantal azuloso, huele a algas y a salitre, y sus pies descalzos, apesar del color moreno que les ha dado el sol, son singularmente pálidos como las raíces de una planta acuática.

¿Me reconoces, bella señora?

**SILVIA** Te reconozco, te reconozco.

**LA SIR.** ¿Me reconoces? ¿Quién soy yo?

**SILVIA** ¿No eres la Sirenetta?

**LA SIR.** Sí, me has reconocido. ¿Cuánto tiempo hace que has llegado?

**SILVIA** Hace poco.

**LA SIR.** ¿Permanecerás aquí?

**SILVIA** Mucho tiempo todavía.

**LA SIR.** ¿Hasta el invierno quizás?

**SILVIA** Quizás.

**LA SIR.** ¿Y tu hija?

**SILVIA** Hoy la espero. Vendrá.

**LA SIR.** ¡Beata! ¿No se llama Beata?

**SILVIA** Beata, sí.

**LA SIR.** ¿Tu la has puesto ese nombre? Beata, no: Beatriz. Cuando ella estaba aquí, quería que le trajese todos los días estrellas; estrellas de mar. ¿Te lo ha dicho?

**SILVIA** Sí me lo ha dicho. Se acuerda mucho de ti. Te quiere bien.

**LA SIR.** ¿Me quiere bien? Lo sé. Me daba todos los días su pan.



SILVIA Lo tendrás todos los días si quieres. Pan y merienda, Sirenetta, mañana y tarde, cuando te plazca. ¿Recordarás?

LA SIR. Mañana y tarde te traeré una estrella. ¿No quieres una?

SILVIA ¿Una muy bella? ¿Más grande que una mano? *(Turbada por un movimiento instintivo se oculta las manos.)* No, no; resérvasela a Beata.

LA SIR. *(Atónita.)* ¿No la quieres?

SILVIA Dime mejor lo que has hecho de tu vida; dime lo que haces todos los días. ¿Es verdad que tú hablas con las sirenas del mar? Dime, cuenta, Sirenetta.

LA SIR. Eramos siete hermanas.  
Nos mirábamos a las fontanas:  
todas éramos bellas.  
—Flor de junco no hace pan,  
mora de mancha no hace vino,  
hilo de hierba no hace paño fino—  
la madre dijo a las hermanas.  
Nos mirábamos a las fontanas:  
todas éramos bellas.  
La primera para hilar  
quería un huso de oro;  
la segunda para tejer  
quería telares de oro;  
la tercera para coser  
quería agujas de oro;  
la cuarta para embriagarse  
quería copas de oro;  
la quinta para dormir  
quería sábanas de oro;  
la sexta para soñar  
quería sueños de oro;  
la última para cantar,  
para cantar solamente.....  
y no quería nada.....

*(Se ríe con una breve risa nítida que parece tintinear sobre los dientes espléndidos.)* ¿Te gusta esta historia?

SILVIA *(Preso de la gracia de aquella sencillez.)* ¿Se ha acabado ya? ¿Por qué no sigues?

LA SIR. Si tú te sientas aquí yo te adormeceré, como adormecía a tu hija sobre la arena. ¿No tienes sueño a esta hora? Es bueno el sueño de septiembre.

Septiembre desde la altura,  
trae al llano la frescura  
y al estío la sepultura.

Amén.

SILVIA No. Sigue tu historia.

LA SIR. La oliva se torna oscura,  
la aceituna se madura:  
óleo y llanto en la llanura.

Amén.

SILVIA Sigue tu historia, Sirenetta.

LA SIR. ¿Dónde quedamos?

SILVIA “Y no quería nada.”

LA SIR. *(Después de una pausa.)* Ah, sí.

—Flor de junco no hace pan,  
mora de mancha no hace vino,  
hilo de hierba no hace paño fino—  
la madre dijo a las hermanas.  
Nos mirábamos a las fontanas:  
todas éramos bellas.  
Y la primera hiló  
torciendo su huso y su corazón,  
y la segunda tejió  
una tela de dolor,  
y la tercera cosió  
una camisa atosigada,  
y la cuarta se embriagó  
con un vino envenenado,  
y la quinta se durmió  
en lecho de la muerte,  
y la sexta soñó  
en los brazos de la muerte.  
Llora la madre doliente,  
llora su mala suerte.  
Mas la última que cantó,  
por cantar, por cantar



por cantar solamente,  
tuvo bella la suerte.  
Las sirenas de los mares

la tomaron por hermana. (*Pausa.*)

SILVIA ¿Luego es verdad que tú hablas con las sirenas?

LA SIR. (*Poniéndose el índice sobre la boca.*) ¡No me preguntes!

SILVIA ¿Es verdad que nadie sabe donde duermes por la noche?

LA SIR. ¡No me preguntes!

SILVIA ¿Quieres que yo te dé un lecho en mi casa?

LA SIR. (*Mirándola al rostro como si no hubiese oído la oferta.*) Tienes los ojos afligidos. Antes no sabía por qué me ponía triste cuando me mirabas. Ahora lo veo: hay en tus ojos un gran dolor. Alguien te se ha muerto.

SILVIA ¡Tú me consolarás!

LA SIR. ¿Quién te se ha muerto?

SILVIA No preguntes.

LA SIR. Ahora te veo bien; tú no eres ya aquella. Pienso en una pobre goloudrina que vi en septiembre pasado: había perdido las plumas maestras y estaba próxima a anegarse en el mar. ¿Qué te han hecho? Alguna cosa mala te ha ocurrido.

SILVIA ¡No preguntes!

LA SIR. ¡Oh!

(*Silvia instintivamente esconde en los pliegues de la bata sus muñones, con un movimiento doloroso que no se escapa a la intuición de la criatura encantadora, la cual de improviso, como en un despertar, deja caer su delantal de tal modo, que el pequeño tesoro cae y se esparce en el suelo. ¿Quieres una estrella? ¿Una muy bella? ¿Más grande que una mano? ¡Mira! (Le muestra a la mutilada una grande de cinco estrías.) ¡Cógela! Te la doy. (La mutilada mueve la cabeza en señal de negación, cerrando los labios como para deshacer así el nudo que le oprime la garganta.) ¿No puedes? ¿Tienes las manos enfermas? ¿delicadas? (La mutilada asienta con la cabeza. Las palabras de la otra se*

*hacen trémulas de piedad.*) ¿Te se han caído en el fuego? ¿Te se han quemado? ¿Te duelen aún o están ya para sanar?

SILVIA (*Con una voz apenas oíble.*) Ya no las tengo.

LA SIR. (*Levantándose adolecida.*) ¡Ya no las tienes! ¿Te las han cortado? ¿Estás manca? (*La mutilada espantosamente pálida, asienta con la cabeza. La otra retrocede de horror.*) ¡No es verdad! (*Tiene los ojos fijos en los pliegues del vestido donde la mutilada esconde sus muñones.*) Dime que no es verdad.

SILVIA No las tengo ya.

LA SIR. ¿Por qué? ¿Por qué?

SILVIA ¡No preguntes!

LA SIR. ¡Ah, qué crueldad!

SILVIA Las he regalado.

LA SIR. ¡Las has regalado! ¿a quién?

SILVIA A mi amor.

LA SIR. ¡Ah, qué cruel amor! ¡Qué bellas eran! ¡Qué bellas eran! ¡Crees que no las recuerdo! Te las he besado; ¡tantas veces te las he besado con esta boca! Me daban pan, granada, tasas de leche. . . Eran bellas como si te las hubiese hecho el alba con su aliento, blancas como flores de jazmín, más finas que los encajes que hace el viento en la arena; se movían como el sol en el agua; hablaban mejor que la lengua y que las pupilas; aquello que decían era como una palabra benigna, y al tocar una cosa, la cosa entera se convertía en oro. Las recuerdo aún, las veo, las veo. Un día jugaban en la arena suave; la arena pasaba entre los dedos como por un canal y parecía complacida en el juego; y Beata las miraba y reía, y yo que también las miraba, sentía el mismo placer. Un día partieron una naranja, la hicieron muchos gajos: a mí me tocó uno, y era dulce como el almíbar. Y una tarde se metieron en la media de la pequeña, que lloraba, porque había pisado un espino, y el dolor súbito cesó y la pequeña se lanzó a correr por la ribera. Un día jugaban con aquellos bellos rizos, y de cada rizo hacían un anillo para cada dedo; los deshacían



y después volvían a comenzar, y Beata se adormeció con el rocío en la boca.....

**SILVIA** (*Sofocadamente.*) ¡No digas más, no digas más!

**LA SIR.** ¡Oh, qué cruel amor! (*Una pausa y queda pensativa.*)

**SILVIA** Sí.....

**LA SIR.** ¿Y dónde están? Lejos de ti, solas, en el fondo de la tierra..... ¿Las has sepultado? ¿Dónde? ¿En el jardín? (*Una pausa. La mutilada tiene los ojos cerrados y apoya la cabeza en el cristal donde le refleja el tremolar del mar.*) ¿Has visto cómo se las llevaban? ¡Qué blancas eran! ¡Las has conservado en un bálsamo fuerte! ¿Y los anillos? ¿Con todos los anillos? ¿No tenían uno con una piedra verde, y uno con tres perlas, y otro cincelado de oro y de hierro, y uno liso, un ceñidor luciente, sólo en el anular? (*Pausa. Una expresión indefinible aparece sobre el rostro de la mutilada, mientras abandona los brazos a lo largo de los flancos.*) ¿Qué piensas? ¿Las sueñas? Si te florecieran de repente..... (*La mutilada abre los ojos y se estremece como si despertara de improviso; sus brazos tiemblan.*) ¿Qué tienes?

**SILVIA** Es extraño; verdaderamente, algunas veces me parece verlas, me parece sentir la sangre descender hasta la punta de los dedos. Cuando hablabas las veía..... ¡Eran aún más bellas, Sirenetta!

**LA SIR.** ¿Más bellas?

**SILVIA** Tú me consolarás, Sirenetta. Yo no puedo coger tu estrella; mas puedo mirar tus ojos y oír tu voz. Estate junto a mí ahora que vuelvo a encontrarte. También yo te querré como a una hermana.

**LA SIR.** ¡Quisiera darte mis manos, si no fuesen tan ruines y obscuras!

**SILVIA** Son felices tus manos: tocan las hojas, las flores, la arena, las aguas, las piedras, los niños, los animales, todas las cosas inocentes. Eres feliz, Sirenetta. Tu alma nace todas las mañanas, y ora es pequeña como una perla, ora es grande como el

mar. Tú nada tienes y lo posees todo. Tú nada sabes y lo sabes todo.....

**LA SIR.** (*Volviéndose de repente e interrumpiéndola.*) ¿Has sentido una bandada? ¡Mira, mira, cuántas golondrinas sobre el mar! Son más de mil; una nube viva. ¡Míralas cómo brillan! Ahora parten, van a un gran viaje, a una tierra distante; la sombra camina sobre el agua con ellas; algunas plumas caen; se hará la noche; encontrarán los barcos en alta mar; verán los faros; oirán los cantos de los marineros; y los marineros las mirarán pasar. Pasarán rosando las velas; alguna dudará y caerá sobre el puente rendida. Una noche, una nube de golondrinas causada se abalanzará sobre una barca, como un paso de tordos sobre un árbol, y la cubrirá toda. Los marineros no las tocarán. No se moverán por no espantarlas; no hablarán para dejarlas dormir. Y como se pararán también en el ánora y en la barra del timón, aquella noche la barca andará a la ventura, bajo la luna. Mas el alba..... ¡Ah! ¿Quién te llama? (*Interrumpe el sueño oyendo una voz extraña entre los laureles y quiere huir.*) ¡Adiós, Adiós!

**SILVIA** (*Ansiosamente.*) Es mi hermana. No te vayas, Sirenetta. Permanece aquí a mi lado. Beata viene.

**LA SIR.** ¡Adiós, adiós! Volveré.

(*Huye hacia el mar, perdiéndose en el azul y en el sol.*)

ACTO IV — Escena I.

GABRIEL D'ANNUNZIO.



## LAS CUMBRES DE LA GLORIA

HELENA, de veinticinco años, bella como las diosas de Homero, viste un peplo blanco con finos bordados de oro; peina a la moda griega (véase la cabeza de la Venus de Milo;) una hoja de laurel ciñe su frente. En sus ojos resplandece una visión de gloria. Su andar es rítmico. En su voz de oro parece cantar un nido de versos. Palabras y ademanes de impecable armonía.

PINDARO, con sencillo traje de taller, fuerte barba puntiaguda y revuelta cabellera gris; tiene en la frente los surcos del pensamiento tenaz y cruel; en su boca ardiente los pliegues de la amargura, y en sus ojos, claros y curiosos, la melancolía de un crepúsculo de otoño.

HELENA (Sin quitar la vista del paisaje.) ¿No escuchas?  
PINDARO (Sin abandonar su actitud.) ¿Qué?  
HELENA (Sin moverse.) ¡Oh! en estos momentos todo canta y goza en naturaleza: es un himno inmenso de alegría, de vida, de gloria! A la caricia plena y dulce de los cielos luminosos, el campo se estremece como una alma besada por el amor, y con sus flores y sus pájaros y sus fuentes, desparrama, pródigo y venturoso, los tesoros de su música solemne! Ven, acércate; que tu alma . . . . . (Vuelve los ojos al escultor

que permanece inmóvil, lo mira hondamente y sacude la cabeza con un gesto doloroso. Exclama con voz de infinita tristeza:) ¡Pobre amigo! ¡Pobre maestro! (Se acerca lentamente y pone la caricia de su mano en la frente de Píndaro. El alza los ojos y la mira con pasión y con angustia.) ¿No me oías?

PIN. Escuchaba tan sólo la armonía de tu voz de oro; pero mi alma no podía oír tus pensamientos juveniles. Algo decías, sí, algo cantabas y era alegre. . . . . y era puro. . . . . como el rumor de los huertos. . . . . como la sonrisa del cielo. . . . . pero ¡ay! bien sabes que sólo sé comprender la voz perenne de mi dolor. (Con desesperación.) ¿Para qué volviste, Helena, para qué?

HEL. (Con fuego.) ¿Para qué volví? ¡Para verte, para besarte, para amarte! Como antes, como ayer como ahora! Para eso dejé los aplausos, las coronas, los homenajes, mi teatro palpitante como un corazón gigantesco, mis altos coturnos, mis máscaras trágicas, mi felicidad, mi pasión, mi amor de artista. . . . . sí, para eso que tan poco te parece ¡oh ingrato! he bajado un momento de las cumbres de la gloria!

PIN. ¡Un momento! tú lo has dicho; para marcharte luego, dentro de unas horas, antes que decline el día, dejándome la tortura del recuerdo, sin el consuelo de la esperanza: tu cuerpo en mi cuerpo, tu alma en mi alma, y lejos de tu cuerpo y lejos de tu alma! ¿No sabes que el amor es insaciable? ¿No sabes que todos los besos de ayer no valen un solo beso de hoy? ¿No sabes, tú que has enloquecido al público representando la más intensa tragedia del amor, que la muerte no pudo desprender a Francesca de los brazos de Paolo y que viven en el infierno besándose eternamente? (Suplicante) ¡No te vayas Helena, no me mates!

HEL. Imposible, amigo mío: el arte me reclama. No me culpes, aunque sufras. Tú fuiste mi maestro: tú



me revelaste a mí misma; tú me formaste el alma; por ti soy artista. ¡Y con cuánta solicitud! con cuánto amor! Jamás acariciaste tus mármoles divinos con la dulzura con que me acariciabas a mí. Ninguna de tus estatuas vale lo que yo: soy tu mejor obra. (*Señalando la estatua.*) Mira, allí está mi cuerpo; mi blanca forma se yergue sobre el pedestal de granito rojo; me hiciste diosa, digna hermana de Venus Afrodita; la admiración se arrodilla ante tu obra de arte; y sin embargo ¿por qué tus ojos en vez de mirar las líneas ideales del mármol me contemplan a mí con ternura y con pasión? En la estatua vive tu idea; en mí palpita tu corazón. Tú lo quisiste; tú animaste mi genio; tú encendiste el fuego eterno y terrible de la inspiración en el fondo de mi ser. Y quieres que la devoradora llama se apague! ¡Loco! Apaga el fuego del sol! ¡detén la vertiginosa carrera de los astros! ¡arráncate el pensamiento del cerebro! ¿Cómo quieres que mueran en mi alma las figuras trágicas que gritan y que imploran si tú las fecundaste con tu arte? ¡Si esto es fatal! ¡Si cumplo mi destino, el destino de dolor y de gloria que me señaló tu genio y que me formó tu amor! (*Con delicadísima expresión.*) Pero sabía que estabas triste, enfermo, olvidado de todos, tú, que tuviste la admiración de todos; y yo que te amo, sí, que te amo, bajé de la cima resplandeciente y vine a ti, llamé a tu puerta, caí a tus pies y te besé con todo mi cuerpo y te adoré con toda mi alma.

PIN.

¡Mejor me hubieras olvidado, como me han olvidado todos! . . . . . Son menos malos que tú . . . . . Si mi herida se cerraba, ¿por qué la abres? Si mi dolor se extinguía, ¿por qué lo atizas? Si ya estaba muerto, ¿por qué me vienes a resucitar? . . . . . Sin decir nada te marchaste, en un día como éste, bien me acuerdo, en un día de sol, en un día de primavera, después de haberme besado mucho, mucho, frenéticamente, hasta sentir la muerte en

las delicias del amor. Fuiste al triunfo, a la gloria . . . . . Yo me quedé en la sombra y en el dolor . . . . . ¡Tres años! ¡tres años a solas con tu imagen! Aquí me llegaba el eco de los aplausos tributados a tu genio, que salvó en un momento la distancia que los talentos tardan tanto tiempo en recorrer . . . . . Y yo, sin el alma que te llevaste, sin la inspiración que tu amor me daba, criticado, burlado, escarnecido . . . . . Y sin decir nada, vuelves en un día de sol, en un día de primavera y me besas mucho, mucho, como entonces, frenéticamente, hasta que no se sabe si se sufre o si se goza, si se muere o si se vive, [*Con rabia.*] ¡Qué crueldad, Dios mío! ¿Quién te puede comprender? Eres la fuente amarga del dolor; en tu cara gesticulan todas las máscaras de la tragedia. No: yo no he formado tu alma, tu alma falsa como el halago del tirano, movediza como la nube y voluble como la onda del mar, que a veces es caricia y a veces es azote, que a veces canta y a veces ruge.

HEL.

(*Lentamente.*) No soy buena ni soy mala: nago tan solo en la vida el papel que tú me enseñaste. No puedo, ni pudiendo querría dejar de ser artista. Es inútil tu empeño. Perdóname el mal que te he hecho. Sí, sabía que volviendo aquí te haría sufrir; que sufriríamos los dos; que tus palabras serían implacables; que mis caricias te dejarían la hiel de la tristeza en el alma; que nuestro amor, maltratado y desgarrado, lloraría y gritaría . . . . . Pero vine: una ráfaga de primavera me llevó; una ráfaga de primavera me trajo. No hemos encontrado jamás la felicidad, ¡oh, no! ni en el amor ni en la gloria. Todo, para las almas que el genio ha tocado, es lágrima y es sangre. Todas nuestras coronas son de espinas. Engarzamos nuestro dolor en las joyas de arte; ardemos, por eso iluminamos; sufrimos, por eso consolamos. Toda ascensión es un dolor. Somos los mártires de la belleza cruel y eterna. La gloria es voraz, insaciable; es una pira en donde resplandecen todos los dolores humanos.



El amor me trajo a ti; pero el arte, más fuerte que el amor, me lleva lejos de ti. Si los veneros de mi alma son amargos, es porque son de lágrimas. Soy la Tragedia. Soy el dolor. Nada me reproches, no me pertenezco; las trompetas de oro de la gloria me llaman desde la cima del Parnaso. [*Se quita la hoja de laurel y la coloca en la frente de la estatua.*] Te dejo este lauro. . . . . ¡Qué bien decora la frente blanca! Ahí me tienes, serena y casta como una diosa, sonriendo en la eternidad del mármol. ¡Adios! (*Marcha lentamente.*)

PIND. ¡Helena! ¡divina Helena! ¡no puedo! ¡no quiero! ¡no me dejes a solas con este mármol frío! . . . . . ¡Que me miren tus ojos! ¡que me acaricien tus manos! ¡que me bese tu boca! ¡que me envuelva tu cabellera! ¡Divina mía, ven, ven!

HELE. (*Subyugada un momento por el acento de la pasión se acerca y lo mira tiernamente.*) ¡Si te amo! (*Le toma las manos*) ¡Si me voy sufriendo tanto como tú! ¡si se me muere de angustia el corazón! ¡si desfallezco! ¡si me acuerdo de tus besos inacabables! ¡si no puedo irme! si no me voy! [*Con pasión.*] ¡Te amo! ¡te amo! (*Apartándose bruscamente.*) ¡Ah! me llaman. . . . . [*Transfigurada.*] Allá. . . . . lejos. . . . . en lo alto. . . . . ¿no oyes? Ahora no es el canto de la tierra: es el himno del cielo. . .

PIND. [*Con un supremo esfuerzo.*] Vuelve a mi tus ojos extraviados. . . . . acerca tu corazón a mi corazón . . . . . sé mía como antes y para siempre.

HELE. [*Nerviosa.*] ¡Calla! ¡calla! ¡déjame oír [*Extática, con los ojos en lo alto.*] ¡Es la poesía! ¡son sus estrofas divinas! . . . . . ¡Canta, oh diosa, canta! [*Ipnotizada por la visión ideal.*] ¡Sí, voy, voy. . . . . voy. . . . .! tus alas. . . . . tus alas. . . . . vuelo, ¡oh! vuelo hacia ti, hasta la cima de oro, a las cumbres de la gloria! . . . . . [*Camina hacia el fondo atraída por el sortilegio. El escultor, aterrorizado, enloquecido, toma el martillo y en el momento en que Helena va a traspasar el umbral, golpea la estatua, que se rompe.*]

HELE. [*Al oír el golpe, se toma el corazón con las dos manos y lanza un grito.*] ¡Ay! ¡me has herido!

PIND. [*Señalando la puerta.*] ¡Vete! ¡vete! . . . . . [*Al desaparecer Helena, permanece mudo con los ojos clavados en el fondo y luego grita con toda la fuerza de su dolor:*] ¡Helena! . . . . . ¡Helena! . . . . . ¡Helena! . . . . .

JESUS URUETA.

